



EL MACRAME EN GALÓN DE SEDA DUITAMA - BOYACA

MARIA GABRIELA CORRADINE MORA

Diseñadora Industrial – Magistra Planeación Urbana y Regional

Bogotá D.C. - Colombia

Historia

La artesanía elaborada mediante el tejido en macramé con galón de seda ha sido tradicional y exclusiva de la región cundiboyacense colombiana, siendo aplicada en productos que hacen parte del atuendo femenino desde tiempo atrás; quizás la prenda más representativa es el pañolón negro, parte fundamental del traje típico de la campesina de tierra fría. Es fácil suponer que el uso de esta prenda es de origen netamente español, teniendo en cuenta los antecedentes de la conquista, así como su uso durante la época de la colonia y posteriormente de la independencia, en el Reino de la Nueva Granada, cuando el pañolón o mantilla de vivos colores era muy usado por las mujeres de cierto nivel en las Provincias de Tunja, Vélez, Santa Fé y Soto.

Es así como se puede suponer que el tejido del macramé se inició en Duitama probablemente desde la misma colonia, dando comienzo al pañolón campesino tradicional, hecho de paño con fleco o alamar tejido en macramé, en galón de seda, todo ello de color negro. Hoy en día su subsistencia se ve amenazada por el chal o la ruana de factura industrial y procedencia ecuatoriana, así como por los pañolones hechos en lana o hilo, en macramé o en crochet, sin contar con los cambios y nuevas tendencias que surgen continuamente en la moda.

Del pañolón de paño original derivó el pañolón tejido en su totalidad en macramé con galón de seda, del cual a su vez surgieron otras prendas para el vestuario tales como blusas, vestidos, chaquetas, faldas y algunos accesorios como bolsos y carpetas. Todos ellos con posibilidad de ser elaborados de diversa manera de acuerdo a la moda.

En donde se trabaja

Esta hermosa técnica artesanal se ha focalizado principalmente en dos localidades que son Nemocón, en donde quedan muy pocos rezagos de esta actividad, y Duitama, llamada también la “Perla de

Boyacá”, capital de la Provincia del Tundama, localizada a una hora de Tunja, capital departamental de Boyacá. En esta ciudad se ha asentado la tradición de la tejeduría del macramé en galón de seda, ejercida por una amplia población femenina, principalmente de estratos bajos, pudiendo contabilizarse a cerca de 200 mujeres artesanas dedicadas al oficio.

Transmisión de la técnica

El aprendizaje del macramé se da en algunos casos por tradición de madres a hijas o de abuelas a nietas, en otros casos se produce viendo a la amiga trabajar en el colegio o en la casa; otros más por pago a una artesana para que les enseñe y vale la pena resaltar aquellos en que se trata de autodidactas que lo aprenden mediante prueba y error o como dicen las mismas artesanas “hacer y desbaratar”.

Las edades de las artesanas tejedoras fluctúan entre los 15 y los 65 años. Las principales motivaciones que existen para dedicarse a este oficio son las de no saber desempeñarse en nada más y no existir oferta laboral de otra índole, pues desafortunadamente el trabajo que se invierte en esta actividad productiva no es suficiente para vivir de él, constituyéndose únicamente en una ayuda económica para el sostenimiento del hogar.

Organización

La organización de la producción del macramé tiene dos niveles: un núcleo o grupo primario, constituido básicamente por las mujeres de la familia, ya sean madres o hijas, que en algunos casos agrupan a otras familiares como tías, primas y sobrinas. Un segundo nivel que puede mirarse como un grupo de hecho, que gira alrededor de la persona que provee la materia prima y es quien les paga por trabajo, que puede ser cercano a las 40 artesanas tejedoras, en su mayor parte cabeza de taller, que sin embargo carecen de interacción entre ellas mismas.

La producción del macramé

El tiempo de dedicación al tejido es el siguiente, de acuerdo al producto que se desee obtener:

Para una blusa, dos días; para un vestido, cuatro a cinco días; tres a cuatro pañolones semanalmente; una chaqueta en cuatro a cinco días.

La materia prima utilizada en esta técnica es el galón de seda, muy similar en su apariencia a una cinta delgada, el cual se consigue en distintas calidades, ancho o angosto, en colores brillantes o mates, con bandas de fibra plateada o dorada, con teñido firme o fácilmente decolorable, comprado por kilos, en

madejas; Recientemente su consecución, que de por sí era compleja, se ha dificultado más aún por cuanto el acetato, materia prima en que se elabora el galón, ya no se importa del Brasil. Todo ello ha tenido una alta incidencia en los costos del material repercutiendo así mismo en el precio del producto artesanal.

A nivel de los talleres individuales, la disponibilidad del material para tejer y del trabajo a realizar depende de los pedidos comerciales que su intermediaria tenga, ligados a los cuales va la cantidad de galón de seda que les entrega, generalmente por peso, pues por lo general las artesanas tejedoras carecen de un capital que puedan destinar a su autoabastecimiento, además de carecer de contactos directos con clientes para el producto que elaboran.

El galón de seda se compra por madeja, la cual es necesario transformarla en ovillo para dar con facilidad la longitud apropiada a la hebra con la que se va a elaborar el producto. El galón, en manos de la artesana, se convierte en un material suave y maleable que va formando el dibujo que ella tiene en su cabeza o aquel que ya está acostumbrada a hacer sin pensárselo mucho.

El tejido en macramé es básicamente manual, requiriendo pocos elementos complementarios para realizarlo. Entre ellos se encuentran una mesa sobre la cual se apoya el tejido, una aguja de crochet para tejer la cadeneta inicial que servirá de inicio al tejido, unos pesos para sostener el tejido templado sobre la mesa, que por lo general son unos ladrillos cubiertos, y un par de tijeras para el corte de las fibras o “cortadas” y la emparejada final del fleco.

Cada artesana tiene su propia forma de realizar su trabajo, lo que si es claro es que ninguna cuenta con un lugar especial que destine específicamente a taller de producción artesanal: en algunas oportunidades su propia cama es la que sirve de base al tejido, en otras la mesa del comedor o de la cocina es el soporte y en otras lo trabajan en el aire, colgando la cadeneta entre dos postes, columnas, o paredes opuestas en su vivienda, trabajando de pie detrás del tejido durante sus primeras etapas y cuando ya ha descendido en este bastante, sentada en un banquito o butaca; esto se da especialmente cuando se trata de pañolones grandes. Quizás el área más común de la vivienda destinada a realizar la labor artesanal, es la alcoba. Todas las artesanas cuidan mucho lavar sus manos antes de tejer, pues la fibra puede fácilmente ensuciarse deteriorando el producto. Así mismo se preocupan por colocar bajo las hebras o cortadas que están trabajando, un trapo o un plástico que evite su contacto directo con el suelo, evitando así que se arrastren y puedan ensuciarse.

Los pasos para elaborar un pañolón triangular de 1,40 X 0,60 m., son los siguientes:

Inicialmente se mide el galón y se preparan las “cortadas” consistentes en las hebras que corresponden a cada sector del pañolón, para un total de 160 hebras de cuatro largos diferentes; a continuación se teje la cadeneta, que da la longitud exacta al pañolón, esto es el largo de 1,40 m.; luego se efectúa la prendida de las hebras cortadas, con ayuda de la aguja de crochet, una en cada ojal de la cadeneta en un orden ascendente en su longitud, hasta el centro y se hace la igualada de cada hebra para que sus dos extremos queden del mismo largo.

A continuación se inicia el tejido de la “palma”, que es semi-rígido y muy apretado, de dos centímetros de ancho aproximadamente, que contribuye a darle estructura al pañolón en su parte superior. Posteriormente se hace el tejido de la puntada o muestra que se ha determinado para formar el paño. El tejido no tiene que llevar necesariamente un orden preestablecido pudiendo avanzarse en diversos sectores indistintamente.

Las puntadas reciben diversos nombres de acuerdo al tipo de entrecruzamiento de las fibras y al anudado que se realice; por lo general pueden ir combinadas o compuestas, encontrando entre las más comunes los coquitos de cuatro hojas o pensamientos sencillos o dobles, la petaca, mallita o trenza, la media luna, la trencilla, el nueve, el rombo de nueve ojitos, las uvas solas o con coronita, las moritas, la espiga o espina de pescado, la canastilla, el corazón doble, el cinco ojitos, los siete ojitos o lágrimas, el racimo de diez y seis ojitos, las rosas, emes, rositas de seis hebras, la trenza doble.

Las puntadas como gusanitos, hojitas, zig-zag, palillos en equis y medias lunas pequeñas, son de tipo apretado, utilizadas preferiblemente para efectuar división en el tejido del paño, entre diferentes muestras o para separar el paño del fleco o alamar. La importancia de este último, al igual que la de la palma, radica en que contribuye a dar estructura al tejido del pañolón. Estos nudos apretados también se aplican comúnmente para el tejido de objetos pequeños como bolsos o carteritas, que deben ser compactos para cumplir su función de contener accesorios pequeños, que con puntadas más sueltas fácilmente pueden salirse.

El tejido final, con el cual se culmina el pañolón, es el fleco o alamar que puede corresponder a la misma muestra o a una diferente a las utilizadas para el paño, cuyo ancho es de aproximadamente 10 cms, constituyéndose en el tejido de terminación del pañolón, que a su vez se remata con nudos hechos

sobre pares de hebras, desde un extremo hasta el otro del pañolón, el cual queda finalmente con una forma triangular.

El último paso es el corte de la hilacha para emparejarla, lo cual se efectúa colocando el pañolón doblado por el centro, sobre el borde de la mesa dejando que cuelgue al aire solamente la hilacha. Aproximadamente a unos 50 cms del tejido se cortan las hebras con la ayuda de unas tijeras afiladas, igualándolas en sentido paralelo al borde del pañolón.

Diversificación del producto

Artesanías de Colombia desde 1.989 adelantó asesorías en diseño enfocado a la diversificación del producto artesanal y a su adecuación al mercado, dando como resultado la chalina, adaptación del pañolón, con un menor tamaño y costo, la cual tuvo gran acogida en el mercado español a principios de la década de los 90; una línea de bolsos, una línea de cojinería combinada con seda y una línea de lencería entre la que destaca carpetas, centros de mesa y cubrelechos, sin contar algunos accesorios como hebillas para el cabello, botonería, y prendas de vestuario como bufandas monocromáticas o combinadas, a cargo de las Diseñadoras María Gabriela Corradine Mora y Carol Edith Valencia C.